

## No me canso de vivir.

Tumbada en la cala, susurré esas palabras al viento. Estiré mis brazos y recogí la arena entre los dedos mientras Mark comenzaba a rodear mi cuerpo con conchas marinas. No me canso de vivir, repetí esta vez más alto, haciendo que Mark girara el rostro hacia mí y me dedicara una de sus sonrisas ladeadas.

No sé cómo hubo un tiempo en el que si estaba cansada. No triste, solo cansada. Cansada de abrir los ojos cada mañana, de respirar, de mirar a la misma gente con esa mirada que me dedicaban, la de "ella está perdida". De ir a la máquina de refrescos buscando mi Coca-Cola de cereza, de fingir sonrisas para evitar que al resto le doliese mi propio dolor. Pero aunque estaba cansada, debía levantarme cada mañana. Debía levantarme porque el Sol se empeñaba en salir, sin dejarme seguir en ese estado entre el sueño y la vigilia donde no sientes las cosas tan reales, tan tangibles. Son solo extractos de tu consciente, de tu otro yo. En ese estado es el yo subconsciente, el de los sueños y las pesadillas, quién toma el control.

El caso es, que hubo un día en el que no conseguí ver el Sol. O tal vez estaba demasiado cansada. Así que no conseguí levantarme. Después del accidente me encontraba débil, pero no fue hasta dos meses después que caí rendida. Aquel día me quedé en la cama hasta que tía Juliet vino preocupada a ayudarme a levantarme, pero no lo consiguió. Ni al siguiente, ni al otro. Así que al final volvieron a diagnosticar "depresión". Qué curioso, pensé, yo creía que la depresión era la tristeza, no el cansancio.

Fue en mi tercer día en la cama cuando vi la pequeña libreta roja. Estaba tirada en el suelo, abierta a la mitad, y no entendí cómo no pude fijarme antes en ella cuando llevaba tanto tiempo en el cuarto. Así que me levanté con esfuerzo, y conseguí coger aquel tesoro. En la tapa blanca había un post-it amarillo pegado con celo en el que se entendía "Ronnie". Pensé en tirarlo, o en quemarlo, o simplemente en cerrar los ojos y fingir que no había visto nada.

Aquella era la libreta de Ronnie, mi hermano pequeño, quién disfrutaba de un día de lluvia tanto como de un día de Sol, el que cuando intentaba comerse un helado terminaba con toda la barbilla manchada, el que murió junto a mis padres por culpa de un borracho en aquel accidente. Pero volví a sentarme en la cama y estudié detenidamente aquella libreta. Me fijé en que no tenía nada escrito hasta la mitad de ésta, donde se leía difícilmente -mi hermano siempre tuvo una letra desastrosa- "Cosas que quiero hacer". Era una lista, larga, larguísima. Pude comprobar que llevaba haciéndola mucho tiempo, pues su letra evolucionaba de desastrosa a fea hasta la 31, donde finalizaba. Deduje que habría seguido escribiendo más si no hubiese muerto, ya que había marcado el 32. 33. 34. Pero no había escrito nada. Y también pude ver como las quince primeras cosas estaban tachadas, como si ya las hubiera realizado. Ir a Disneyland. Bañarme en la cala del Roque. Pintar una ventana con unos pájaros. Sacar la cabeza por la ventanilla del coche de la tía Juliet. Ir a un concierto... la lista seguía y seguía. Pero aquel trasto me ayudó a recordar, recordé el día en que llegamos a Disneyland y empezamos a saltar en la cama del Hotel de los vaqueros. Y recordé aquella cala, paraíso entre bosque y montaña. Y así estuve, todo el día, recordando, volviendo a vivir todas aquellas cosas.

Pero, ¿ no había un capítulo dedicado a su única hermana? Busqué ansiosa, creyendo hallar en él venganzas, riñas y vituperios, algo muy típico en nuestra relación cotidiana. Pero lo que encontré me sacó una leve sonrisa, tal vez la primera sonrisa sincera desde el accidente: 18. Tomarme un helado de chocolate con Vero sentados en el bordillo de la casa de tía Juliet.

Cuando terminé de leer, cerré la libreta y comencé a llorar. Lloré tanto que tía Juliet me escuchó desde el piso de abajo y corrió hacia mí envolviéndome en uno de sus cálidos abrazos. Lloré por mi hermano, aquel que nunca jamás podría hacer todas aquellas cosas que escribió. Y lloré por mí, aquella estúpida que estaba tumbada en la cama, desperdiciando su oportunidad de vivir. De cumplir todo aquello que quise, de crecer y madurar y reír y de ir a conciertos, o de tomarme otro helado de chocolate en el Paseo de Tordesillas.

Así que aquel mismo día me hice mi primer tatuaje, en la clavícula, tal y como marcaba el número 28. Y mi vida acabó dependiendo de una pequeña libreta roja en la que se podía entender "Ronnie".

**Vero.**